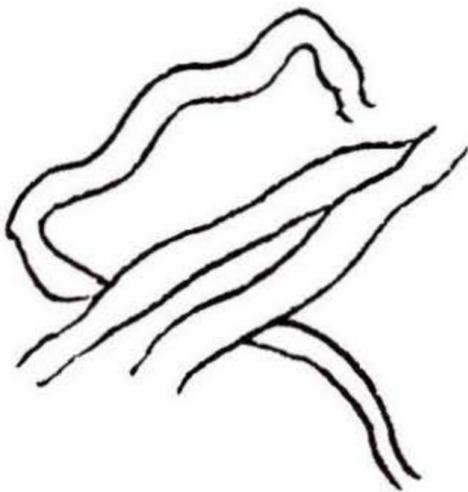


miento fácil y acelerado. Este hecho permite analizar las particularidades de la consolidación de distintas redes y núcleos mafiosos en torno al narcotráfico en sus diversas fases, desde el cultivo hasta el procesamiento y comercialización de estupefacientes. Estas redes combinan la tradición y la modernización —es decir, los patrones ancestrales de comportamiento político y familiar— con los requerimientos de acumulación de capital en las nuevas condiciones exigidas por la explotación de un producto “ilegal” y “clandestino”. La mediación actual que han logrado los focos mafiosos es más amplia e integradora que la lograda por todos los otros sujetos mediadores a lo largo del siglo XX, ya que abarca todos los aspectos de la vida social, política, económica e incluso cultural, en la medida en que el enriquecimiento fácil ha penetrado hasta en los últimos poros del tejido social de gran parte de los pueblos y localidades de la región valluna, propiciando al mismo tiempo el uso de la violencia individual como forma de control territorial y el soborno y chantaje de los funcionarios de la administración pública, como se puso de presente con las investigaciones del proceso 8000.



Con todos estos elementos se pueden captar las razones que explican la complejidad de la violencia en la región del Valle, así como el poder alcanzado por el narcotráfico, que ha permeado todas las actividades económicas, políticas y sociales, lo mismo que la interpenetración entre la burguesía tradicional con los “nuevos ricos” y la influencia directa de

éstos en la escena política no sólo regional sino nacional a través de la utilización de dos mecanismos altamente persuasivos: el soborno y la violencia.

Las dos últimas partes del libro están consagradas a un tema, aparentemente distinto de los aspectos estudiados en los capítulos anteriores, como es el de la presentación de unos relatos cortos sobre la percepción que ciertos individuos tienen de la situación del Valle, sobre todo en los últimos años. En realidad, Betancourt lo que hace es concentrarse con detalle en una de las fuentes que él ha usado en forma intensiva en su trabajo investigativo, como lo es la fuente oral y los testimonios. Al ver la riqueza implícita de este tipo de testimonios —los que permiten captar los sentimientos, sensaciones y experiencias de seres “anónimos”—, lo que se presenta es una ampliación del espectro histórico de un proceso determinado. Y el autor del libro que comentamos, al descubrir la riqueza de la veta histórica que se esconde en la memoria individual y colectiva que se aloja en cada uno de los testimonios recopilados, no se resistió a presentarnos una reelaboración de diez relatos cortos, en los que, siguiendo las pautas establecidas por Walter Benjamin, nos ofrece un plato succulento de riqueza perceptiva sobre la historia valluna tal como es captada por distintos protagonistas populares, aunque algunos de ellos estén en la otra orilla del conflicto —es decir, del lado de los sectores dominantes, como los terratenientes, los gamonales, los partidos tradicionales— o hayan sido o sean simples mediadores de segundo rango o empleados de los narcos.

En esta parte del trabajo, el libro presenta una mayor claridad y atractivo para el lector, pues se pasa del análisis académico aparentemente frío y convencional al calor de la palabra viva y directa de protagonistas que han vivido cotidianamente los terribles procesos que en la obra se estudian. Con esta combinación de métodos y perspec-

tivas. Darío Betancourt nos muestra que la academia es mucho más productiva y genera resultados mucho más alentadores si se relaciona adecuadamente con el conocimiento popular y cotidiano, sin caer tampoco en el extremo de rendirle un culto acrítico y reverencial a cierta tendencia populista que privilegia exclusivamente los testimonios populares sin tomar distancia frente a ellos.

Lamentablemente, en el caso del libro que hemos comentado existió un desequilibrio, en cuanto a la extensión se refiere, entre las partes consagradas al análisis puramente académico del asunto (en concreto, los dos primeros capítulos que ocupan el ochenta por ciento de las páginas) y los relatos que aparecen en forma marginal y que por su calidad y sabor ameritarían más tiempo y espacio.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Colección de heridas

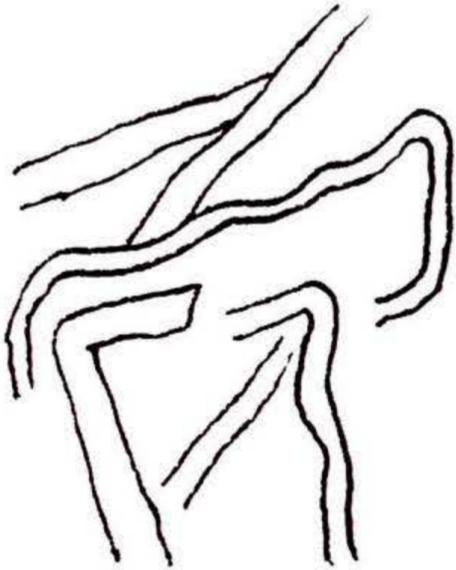
Desterrados. Las cicatrices de la guerra en Colombia

Marisol Gómez Giraldo
Intermedio Editores, Bogotá, 2001,
189 págs., il.

Cicatriz es la señal que queda al curarse una herida. Puesto que no hay el menor indicio de que las secuelas vivas de la guerra en Colombia hayan sanado o lo estén haciendo, el subtítulo resulta impreciso y, a juzgar por los testimonios terribles y contundentes que recoge la autora, tardará mucho tiempo en hacerse realidad.

El libro presenta treinta y ocho crónicas periodísticas de hechos violentos sucedidos entre 1995 y 2000, principalmente en territorio antioqueño, aunque también aparecen historias del Putumayo o Bogotá.

Están organizadas en nueve secciones temáticas en las que la autora busca rehacer "a partir de los testimonios de quienes han sufrido el odio de los guerreros, el camino recorrido por ellos durante los últimos años".



Si bien el denominador común son los estragos de la violencia entre quienes ahora llaman población civil, se encuentran historias sorprendentes y particularmente conmovedoras. Una mujer de Apartadó vio en un sueño unos hombres en medio de un charco rojo; al día siguiente su pesadilla se materializó en la matanza de la finca Osaka. Al igual que en la guerra de los Mil Días, en esta otra los muchachos de quince años son obligados a comer pólvora para vencer el miedo. Y hay quien llega a beber la sangre de sus víctimas. El sabor del mamoncillo entretiene a Omar Flórez, de catorce años, en Pavarandó; no puede ir a la escuela por culpa de las balas; igual le pasa a Kennedy Martínez, quien vaga aburrido, mientras tanto. Casas donde nadie duerme, rogando que no se cumpla una sentencia mientras el hambre sube como humo. Selvas que parecen convertirse en cementerios pero ronda la esperanza: "Vamos con los ojos bien abiertos por si alguien viene para anunciar que la guerra ha terminado y llegó la hora del retorno".

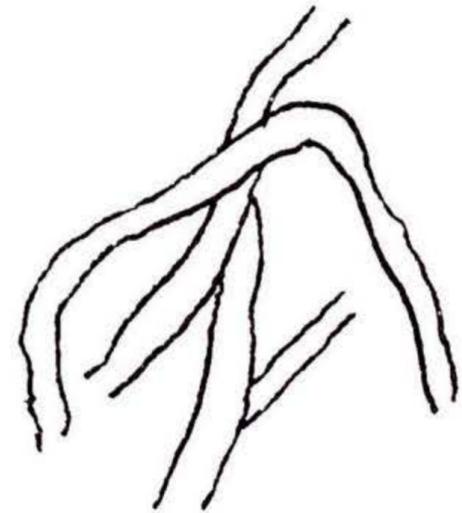
Muchachos reclutados con buena paga por uno y otro bando, ilusionados con dejar el aburrimiento y comprarle un "regalo bacano" a la

mamá. Niños que son enviados con dinero a las tiendas para comprar gaseosas y galletas para los combatientes de un bando. Un bebé, hijo de guerrillero disidente, pasa de mano en mano entre un grupo de "autodefensas" del Magdalena Medio. Abuelos viejos que entierran nietos jóvenes en Machuca. Claudia, "la guerrillera de cara bonita" que se pasó a los paramilitares y regresó a matar a los campesinos que la curaron salvándole la vida cuando estaba en el otro bando. Dos hermanos que se enrolaron en filas diferentes y se prometen no matarse en combate o hacerse matar juntos, y por cosas del destino ambos vivieron para contarlo.

Enemigos que duermen juntos y momentáneamente en paz en la cárcel Bellavista de Medellín, se toman un "chamberlain" (bebida de alcohol y cáscara de papa) y consiguen establecer pactos de respeto. Cuerpos descabezados con explosiones o a machete. Un soldado, que sigue siendo atacado y perseguido por fantasmas que disparan, ha aprendido que le pasa lo que a la caña: "la meten al trapiche, le sacan el guarapo y botan el bagazo". Bagazo que resulta indemnizado, cuando no ha perdido los miembros inferiores, con sumas inferiores a los cuatro millones de pesos recibida al cabo de veinte meses y disminuida por abogados tramitadores que cobran porcentajes inauditos. Reinsertados que reciben un dinero que pierden enseguida porque ignoran cómo manejarlo. Un cultivador de hoja de coca que guardaba diez millones de pesos en un escaparate, robados por la guerrilla. Campesinas presas por raspar hoja de coca y por cargar como "mulas" unos kilos para pagar el mercado o una operación de urgencia, y al acogerse a la sentencia anticipada son trasladadas a prisiones lejos de sus hijos. Una mujer que viajó veintitrés veces a la zona de despeje buscando tener noticias de su sobrino, uno de los cuatrocientos sesenta y cuatro soldados secuestrados por las Farc.

Las historias no solo están trazadas por el curso de balas, las huellas de muertos, el rastro de despla-

zados o las palabras de víctimas o deudos. En ellas, cuando es necesario, hay atmósfera, temperatura, sonidos y silencios. Están contadas de una manera escueta y económica, sin la menor concesión o floritura, y con el rigor de quien adjetiva sólo cuando es indispensable, porque tiene los cinco sentidos alertas y no se deja endulzar con nada en medio de la matazón. Por ejemplo, el silencio en Las Changas (Urabá antioqueño) es tenso y se ha convertido en el alma y el cuerpo del corregimiento. Las hamacas quedaron colgadas y los burros deambulan solos y sin dueño, mientras guerrilleros y paramilitares miden fuerzas, y en la mitad quedan dos niñas de once y catorce años. Dos directivos de la acción comunal quedaron con sus cabezas a diez metros del cuerpo el 13 de diciembre de 1994. Allí ni con los muertos se podía hablar, según uno de los que llegaron a la cabecera huyendo del mochacabezas.



Entre los diversos libros de crónicas y testimonios que la confrontación armada en Colombia va dejando como restos de un naufragio, el de Marisol Gómez se destaca por su sensibilidad hacia lo que puede llamarse la cara humana de los hechos. Más allá de las noticias de sangre, de las estadísticas oficiales y de los titulares sensacionalistas de noticieros, la autora sabe encontrar los callados dramas humanos, los conflictos y las ilusiones agazapadas. Sabe decirlos con palabras justas y contenidas que eluden la exposición

descarnada y obscena de heridas, esa suerte de pornografía de la violencia. Entrelaza detalles circunstanciales con descripciones generales; intercala breves comentarios entre comillas con la voz de narrador; párrafos cortos, directos y escuetos se balancean con párrafos largos, hasta componer un texto literario bien hecho, algo poco común en la prensa nacional de estos días.

Pero así como la autora sabe decir, también sabe callar, porque está enterada de que no hay que vomitarlo todo para convencer de la verdad al lector o para conmoverlo o alinearlos del lado de los desterrados. Sus crónicas han pasado por un invisible trabajo de taller y han sido pulidas y sopesadas. En ellas supo encontrar —y ése es el mayor logro de este libro—, “en el rincón menos esculcado de la ruta de la violencia”, lo bello en medio del horror y el hastío, la ilusión de la palabra que bastará para sanarnos, la paradójica estética en los rastros calcinados de la muerte.

SANTIAGO LONDOÑO
VÉLEZ

Un libro inteligente

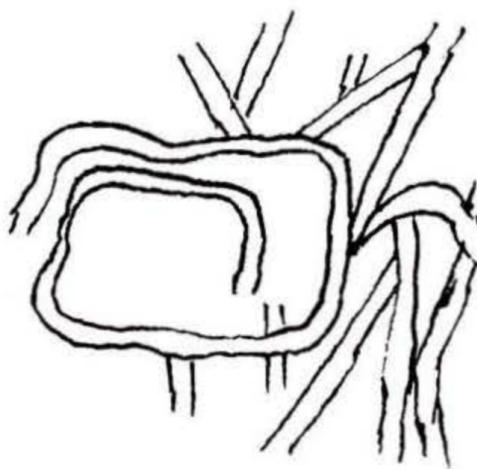
Crisis y transformación de la agricultura colombiana: 1990-2000

Carlos Felipe Jaramillo

Banco de la República y Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2002, 233 págs., il.

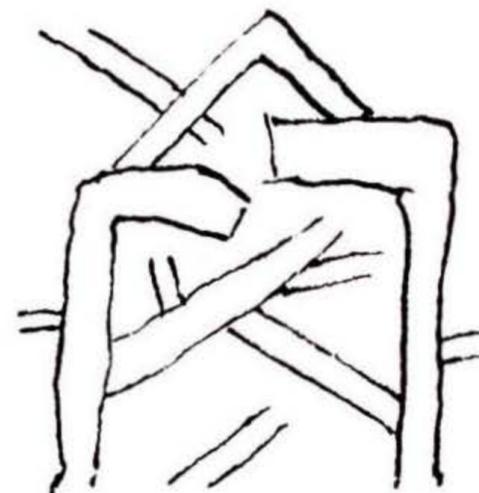
El libro de Carlos Felipe Jaramillo *Crisis y transformación de la agricultura colombiana: 1990-2000* es un libro inteligente acerca del cual es difícil hacer comentarios inteligentes. Se trata de un detallado estudio del impacto de la apertura comercial sobre un sector agropecuario que había experimentado una elevada protección hasta los años noventa del siglo pasado y que la ve un tanto reducida.

Jaramillo explica el proceso de apertura iniciado en 1991 y la forma en que afectó a la agricultura, a partir de una teoría económica liberal. Ésta informa que un medio económico monopolista, en nuestro caso creado por la protección, que beneficia a algunos agentes en especial, induce a una asignación inadecuada de los recursos y a inversiones que son sostenibles en cuanto los productores operan en condiciones de restricción a la competencia. En el caso de la agricultura, el proceso de apertura beneficiará a los productores que pueden resistir la competencia, lo que a su vez les exige escoger ramas de cultivo con ventajas comparativas. Idealmente, los recursos de tierra, trabajo y capital serán asignados en forma más eficiente, lo cual aumentará tanto la productividad como el producto de la economía en cuestión.



Los efectos de las políticas que inducen un mejor uso de la dotación natural de recursos pueden ilustrarse con lo que sucedió en los años sesenta del siglo pasado en Colombia, cuando se debatía sobre las ayudas agrícolas de Estados Unidos en torno al trigo, la célebre PL480. Los nacionalistas argumentaban que esa política beneficiaba a Estados Unidos (lo cual era cierto), ponía en riesgo la seguridad alimentaria y arruinaría a nuestros campesinos (ambos argumentos eran falsos). Eventualmente, el país llegó a producir sólo una pequeña parte del trigo que consume, importando el resto. Los cereales en general se benefician del clima de las regiones frías, donde el invierno hace el trabajo que acá lle-

van a cabo los pesticidas, los fungicidas y los matamalezas con costos mucho más altos. En fin, sembrar trigo y otros cereales no es el mejor uso de las tierras tropicales.



¿Cómo se cambió la asignación de recursos con la liberación de las importaciones de trigo? En las tierras frías de los altiplanos, bastante escasas por cierto, se sembró papa, se desarrolló la ganadería intensiva productora de leche y fueron surgiendo los cultivos de flores en vez de los de trigo y de cebada. Un tercio de las exportaciones de flores hoy compran todo el trigo que el país necesita cada año y no ha perdido en ningún momento su seguridad alimentaria. Se recibió cereal subsidiado que abarató la dieta de los colombianos, aunque los subsidios directos se eliminaron con el tiempo. Los “campesinos” que sembraban trigo en Nariño y en la sabana cundiboyacense se dedicaron a la papa o a arrendar sus tierras a las empresas que cultivaban las flores. Sus tierras fueron valorizadas por el uso más intensivo del suelo y por la mayor rentabilidad de las nuevas actividades.

El cultivo de flores es muy intensivo en mano de obra y en buena medida acabó con una tradición de trabajo doméstico en Bogotá, donde ya no se pudo conseguir trabajadoras domésticas para “adentro” porque las mujeres de la sabana se ganaron el gusto por la libertad del trabajo asalariado que es sólo por cierta jornada limitada de trabajo. Además, las señoras de clase media y alta tuvieron que pagar salarios